

# Partería, el arte de dar a luz

Por Andrea Maestre\*

Cuando en el corregimiento de San Rafael, en Ovejas, Sucre, el ultrasonido no existía todavía, Manuela Gonzales había acertado al decir el sexo de dos varones paridos por Olga Lucía Narvárez Márquez. Cuando aún no había quedado ciega, Manuela era la partera del pueblo y solo le bastaba con ver el molde del vientre de las preñadas para no equivocarse en su apreciación. Para saber la posición del feto, la mujer posaba sus manos sobre la barriga abultada y, sin dudar, decía si el pelao' o la pelá' estaba de cabeza, de nalgas o cruzao'.

Un viernes de 1988, a las 10:30 de la mañana, Olga Lucía de 19 años rompió aguas. Llamaron a Manuela que vivía en otro barrio ubicado en la parte de arriba de la vereda. Llegaron a la casa de la abuela de la parturienta: techo de palmas y paredes de bareque sería el escenario donde se llevaría a cabo el nacimiento. Una cama de tijeras en piso de tierra esperaba por ambos, madre e hijo. La iluminación de la habitación era escasa, a diferencia de la luz blanca de hospital que puede paralizar y enfriar los sentidos.

*Lo que más recuerdo eran los dolores fuertes que me daban. Y ajá, la partera me consolaba y me decía: 'Ay mija, ya ahorita sales de esto y estás con tu niño en los brazos.'*

Manuela le aconsejó a la joven que se acostara en el catre, pero Olga Lucía encontraba en el movimiento un analgésico momentáneo. Caminar era un alivio para las contracciones que iban y venían como los bravos oleajes del océano. Cuando una última ola golpeó con fuerza las caderas de la mujer agonizante, Manuela sabía que era hora de trasladar a la preñada al taburete. La sucreña recuerda que recostada pa' atrás y con las nalgas más bien afuera pa' esperá' al pelao', era la forma más fácil de parir.

*En el taburete lo ponían a uno boca abajo, entonces uno tenía fuerza porque los pies estaban en el suelo y uno se agarraba de los bordes del taburete y ahí uno tenía la fuerza pa' puja'. Entonces más arriba ponían un saco y más arriba del saco ponían una sábana para espera' al pelao'.*

Las manos de 70 años masajeban las caderas de quien sudando pujaba hasta sus últimas fuerzas. Al lado de ambas, el apoyo emocional fue la

\*Escritora y fotógrafa freelance. E-mail: andreamaestre947@gmail.com.

madre de Olga Lucía, que también la acompañó en sus otros dos partos. La madre además estuvo allí para pasar la cuchilla que cortó el cordón que conecta con la vida. Y como expresaría Olga Lucía:

*Ajá con la mamá de uno, uno se siente más en confianza.*

**Yulis María Meza Severiche. 70 años. Barrio Malambito, San Juan de Betulia, Sucre**

A 30 minutos del municipio de Ovejas, Yulis María Meza Severiche aprendió *el arte* como ella le llama, de partear, cuando tenía 22 años. Aunque su vocación por el servicio de la maternidad comenzó con unas prácticas de Ayudante de Enfermería en el único hospital que había en Corozal, a 20 minutos de su natal Betulia, en realidad se adentró en la práctica ancestral de la partería con Nelson Pérez. Según Yulis María, este parto del pueblo «sabía hasta más que un médico» y lo asistió en un sinnúmero de nacimientos, hasta que ganó tanta trayectoria que más tarde era

**Imagen 1.** Partera reviviendo a niño.



**Fuente:** Ilustración de Carlos Andrés Guerra (2022).

buscada en la comunidad, otras veredas, corregimientos e incluso a las afueras.

Si en algo no se equivoca esta matrona es en predecir la hora exacta en la que los niños y las niñas nacerán. La posición en la que los no nacidos se encuentran en el ambiente uterino es fácil de saber, según ella. La parte de la cabeza se siente dura, la de las nalgas, blanda, y la de los piececitos, hueca. Para Yulis María, los partos de gemelos pueden ser una labor complicada, sobre todo si uno viene de cabeza y el otro viene de pie. Así le pasó una vez. Pero esto no era lo que ella ni la madre esperaban. La mujer le preguntó a la matrona por qué seguía con contracciones después de haber parido. «Ay, hija, puja que viene otro», le avisó Yulis María. Una niña y un niño nacieron ese día.

Yulis María no recuerda el primer parto asistido por sí sola. Pero estima que fueron unos 400 bebés a los que ayudó a nacer, sin que ninguno muriera. Al principio cobraba entre 20 y 30 pesos. Lo que más cobró por un parto, antes de que comenzara a desempeñarse como Auxiliar de Enfermería a sus 38 años, fue 500 pesos. Pero también aceptaba como modo de pago gallos, gallinas, pollos, queso y leche en las veredas a las que muchas veces tuvo que transportarse montada en yegua, en recorridos de hasta una hora.

En medio de su vasta experiencia fueron dos las veces que esta comadrona acudió a mujeres pariendo reclinadas sobre un taburete. La que más recuerda ocurrió hace unos 40 años y fue en el parto de Eloina:

*Cuando yo llegué vi a la señora en la espalda del taburete, que yo nunca lo había visto así. Ya ella tenía todo ahí, la cuchilla al lado. Ella estaba atrancada en su pieza porque iba a parir sola. Ya ella era una señora paridera como de ocho partos. En ese entonces se utilizaban trancas para atrancar las puertas. Entonces el esposo vino y le destrancó esa puerta y entré. Tenía un paño adelante y estaba*

*sentada en la espalda del taburete. Ya tenía sus 10 centímetros de dilatación, vine yo y la revisé y le dije: bueno puja que ya va a salir. Y pujó y nació una bebecita.*

Yulis María comenzó a atender partos en su propia casa después de conocer al médico Alfredo García, hoy patólogo en Barranquilla. Él también la requería como su asistente para los nacimientos del pueblo y los alrededores. Con él sumó destreza obstétrica y pudo articular su espacio de trabajo cuando el médico le regaló una camilla de parto y la luz de cuello. La comadrona nunca tuvo una ayudante, pero si la situación se le salía de las manos, como ocurrió muchas veces cuando las recién paridas recaían en hemorragias, ella llamaba de inmediato al médico más cercano (como se les exige a las parteras en casos de emergencia).

De la partería pasó a ser Auxiliar de Enfermería. Una de las tantas prácticas que aprendió en el Hospital Universitario de Sincelejo fue que, agarrando por los pies a los neonatos *ahogados* (qué no respiran al nacer) y dejándolos de cabeza mientras se les palmeaba en la espalda o nalgas, los reanimaba.

### **El pollo moría y el niño revivía**

No obstante, Yulis María recuerda una emergencia en la que no pudo solicitar la ayuda de un médico cuando todavía era partera. Esta vez la parturienta vivía a las afueras, lo que la matrona denomina «los montes», donde solo hay fincas y el camino al hospital más cercano, ya sea por su estado o distancia, no resiste percance de parto alguno.

*La última experiencia que tuve con un parto así en un monte, en una finca, el carro me llevó hasta la orilla del camino, pero tenía que entrar hacia la paja (choza) donde estaba la casa. Y el señor me dijo: Yuli, yo me voy porque viene un temporal y va a llover. Y yo dije: ¡ay, no, señor, cómo me va a deja'acá! Yo me voy porque va a llover y después ese carro no me pasa por ese camino malo, dijo el cho-*

*fer. Bueno, me quedé y entré a la casa donde estaba el parto. Cuando llego encuentro a la señora ya en posición, y le digo yo:*

*¡Ay, muchacha, pero si este niño viene de piel, y le pregunto: ¿tú no fuiste al médico? Sí, yo fui al médico, pero él no me dijo que venía de pie. Y yo le dije: ¡Ay, hija, imagínate y el carro se fue! Bueno vamos a ve' porque si te llevo al hospital hay que buscá' un carro y de aquí a que lleguemos este niño se ha ahogado'. Vamos a ve' cómo podemos ayudarte.*

La matrona se puso guantes a la obra y cuando revisó la entrepierna de la mujer encontró un *piececito*. Mientras lo iba extrayendo con sumo cuidado le pedía a la futura madre que pujara fuerte y fue así como encontró el otro *piececito*. Sostuvo ambos pies mientras insistía que cuando ella dijera que pujara, lo hiciera. El *cuerpecito* fue saliendo, pero el cuello quedó atrancado. En la habitación había una mujer que acompañaba a la embarazada y comenzó a hacerle cosquillas en el vientre hasta que la cabeza por fin salió a la luz.

*Vea, lo que a mí me pasaba en los montes cuando esos niños salían casi que pasándoles la hora de nacer era que yo buscaba pollos pequeñitos de donde hubiera y le introducía el piquito del pollo por el recto al bebecito. Y volvían de nuevo, los revivía. Yo les daba respiración boca a boca con un paño, pero el pollo también ayudaba a darles respiración.*

Esta práctica Yulis María la aprendió en sus inicios con el partero Nelson Pérez, sobre todo cuando se iban a partear a los montes. Y asegura que gracias a esta pudo reanimar a los nacidos *ahogados*: cuando el pollo moría, el o la bebé se salvaba gracias al oxígeno que el pollo le suministraba.

### **Partos urbanos, de vuelta al origen**

Las afirmaciones de poder en la pared y una foto de sí misma sonriendo cuando era una niña, en una piscina y abierta de piernas, le recordaban, justo cuando se sentía desvanecida, que ella sabía

parir. La fase *latente*, cuando las contracciones son más llevaderas, había comenzado para María Celeste Lozano (28) en la madrugada, en su casa frente al mar en Puerto Colombia, Atlántico. El papá de su bebé la acompañaba. Ella mantenía la calma. Había aprendido en el taller virtual *De Cara Al Parto* las fases por las que atraviesa la mujer cuando el momento de conocer a su bebé ha comenzado.

La asistente de la partera fue la primera en llegar y, como el dolor necesita ser expresado de alguna forma, la *doula* (quien acompaña y apoya) le sugirió que hiciera sentadillas y caminatas. El movimiento era la canalización de los espasmos. La partera llegó dos horas después, en la fase cuando el dolor se intensifica, previa a la *expulsiva*. Llegó para ayudarlo a la parturienta a entender, en un estado alterado de consciencia, lo inentendible.

*Las mujeres entramos en un estado alterado de consciencia que se produce por nuestro propio cóctel hormonal que el cuerpo segrega. El cuerpo es muy sabio y lo hace con el fin de que nosotras podamos rendirnos ante ese momento y podamos atravesar ese dolor. Entonces la partera está muy atenta a recordarte eso mientras tú estás en ese estado en el que no entiendes nada y, por supuesto, que está también para atender alguna emergencia y ayudarte a atravesar toda la experiencia. En mi caso, por ejemplo, ella me ayudaba con masajes, con las posturas. Me prepararon una piscina con agua caliente que me aliviaba el dolor.*

María Celeste concibe el parto como un momento de mucha sacralidad. Es un evento que, a pesar de que cada mujer lo vive diferente, dependiendo de sus historias y contextos, posee un gran significado porque les permite reconectarse con el origen de la vida. Su ritual consistió en ser una sola con los elementos de la naturaleza, de este modo transitó el dolor y el cansancio. Salió y caminó para sentir la tierra con sus pies hinchados. El aire le refrescaba el cuerpo sudado. El agua ti-

bia le aliviaba el dolor. El caldo de huesos resucitador que tomó para alentarse le permitió avenir con el fuego.

La libertad de poder decidir todo aquello la motivó a parir en casa. La joven quería hacer de su parto un momento único e inolvidable, tanto para ella como para la bebé. El parto es tan importante para la madre como para quien viene; es el instante más traumático y crucial para todo ser humano. *El rito de paso*, nos recuerda María Celeste. Un parto en casa y con partera acerca a las mujeres a su intimidad. Lo que esta primeriza tenía claro desde el principio de su gestación era que no quería vivir su parto como un acontecimiento médico, sino como un *acontecimiento sagrado*.

La partera Paola Rodríguez le explicó a María Celeste que el sistema reproductor está intimidante ligado con la garganta. Por eso, al hacer uso de la voz, ya sea gritando, gimiendo o pujando, ayudaba a soltar las tensiones durante la labor. María entonaba en una prolongación la vocal 'A' cuando el pico máximo de los calambres golpeaba. Seguidamente, ella sentía como si «algo allá abajo se abriera». Era la energía fluyendo en su canal de parto. Ella había aprendido que todos estos métodos ayudaban a que el dolor circulara, más no que acabara, porque a fin de cuentas ese no es nunca el objetivo.

*El fin no era anestesiar el dolor, yo no quería anestesiarlo. Yo lo quería sentir. Yo quería abrirme a sentir ese dolor. Quería de cierta manera probarme como mujer, probar la sabiduría de mi cuerpo y poder transitarlo con herramientas sin anestesiarlo. No usé ningún tipo de intervención, ningún tipo de analgésico, ningún tipo de anestesia. Hay mujeres para quienes esto es esencial y es válido y necesario, pero en mi caso no lo fue.*

Después de 12 horas de trabajo de parto hubo un instante en el que María Celeste sintió que perdía sus fuerzas. En realidad, era su mente en

estado de alerta enviándole esa información. Ella sabía que tenía que confiar en su cuerpo y dejar de resistir ante lo que era superior a ella. El papá de la bebé entró a la piscina, ella lo abrazó con las fuerzas que le sobraban y se rindió. Al rendirse, nació Kanyini Mare.

**Imagen 2.** Paola Rodríguez, especializada en Barcelona y nacida en Barranquilla, es una de las pocas parteras más solicitadas en el Caribe colombiano. Ha atendido aproximadamente más de 100 nacimientos hasta el momento.



Fuente: Fotografía de Clary Marulanda (2022).

El papá de Kanyini cortó el cordón umbilical, pero antes esperaron unos minutos hasta que terminara de circular la sangre y hasta que la última gota llegara a la recién nacida. «Cuando se hace el corte, los bebés lloran porque saben que se están despidiendo de la placenta (órgano que los nutre durante la gestación)», explicó la partera a ambos. Para muchas mujeres, la placenta también guarda amplio significado ancestral en el puerperio. Algunas la guardan para hacer una lectura de esta y saber si tendrán más partos en el futuro. Otras hacen *Arte Placenta* y la utilizan para pintar. Habrá mujeres que la consumen en pequeñas cantidades en batidos de frutos rojos, como es el caso de María Celeste. Esta última práctica se conoce como placentofagia y muchas aseguran que su consumo aporta beneficios en el posparto. María Celeste afirma que se sentía con más vitalidad después de ingerirla. En un contenedor decidió conservarla en un kilo de sal para sembrarla en la Sierra Nevada algún día. La donará a la tierra. Al final siempre habrá una forma de que regresemos a la raíz, al origen. ■■■

**Imagen 3.** «Ya cuando bebé nace yo sentí una fuerza impresionante. Me sentí la mujer más fuerte del universo realmente. Me sentí muy poderosa, realizada, aliviada de ya tenerla en mis brazos. Seguía en ese estado alterado de consciencia y me sentía asombrada, descubriendo cada pedacito de su ser», confesó María Celeste.



Fuente: Fotografía de Clary Marulanda (2022).